
CAPITULO XII

CÓMO HA GOBERNADO EL GENERAL DÍAZ LA REPÚBLICA.

I

CANTAS revoluciones, habían dejado al país en una situación fatal; así es que el señor general Díaz, cuando subió á la Presidencia, no encontró nada bueno. El nuevo Presidente extendió su vista por el ancho panorama de la república, y lo halló todo poblado de fatídicas nubes de retroceso.

Algunos escritores extranjeros, de notable mérito, con un juicio sereno, que mucho honra al actual gobernante, han juzgado su labor. Las apreciaciones hechas por ellos, bastan para cimentar la fama del señor general Díaz, desde el momento que ellos pueden ser completamente imparciales en el caso. Holgaría, por lo mismo, agregar una palabra á lo dicho por eminentes hombres de Estado del extranjero, á no ser la obligación imprescindible que tengo para hacerlo, presentes la índole y el carácter de esta obra.

Mas, antes de proseguir, debo manifestar que ningún móvil personal me impulsa á ensalzar la labor del actual Presidente. Bien sabido es que nunca he ocupado ningún empleo público, obligándome á los elogios por el mismo puesto, porque la gratitud debe ser expresada de algún modo. Al contrario, viviendo fuera de la política, en muchas ocasiones, he sido censor de algunos actos del gobierno. Cuando surgió la crisis económica en el país, por todas partes se hacían conjeturas sobre el origen y la resolución de la baja de la plata, aplaudiendo siempre las medidas tomadas por el gobierno. Yo, al estudiar la cuestión de la moneda, produje consideraciones filosóficas, separándome por completo de las opiniones de economistas de cierta nota en la república, y arrojé sobre el gobierno algunas responsabilidades; responsabilidades que creí fundamentar en derecho y deducirlas de consecuencias legítimas. Tampoco pude desconocer determinadas medidas, aunque tardías, tomadas por la actual administración; desconocí solamente—y pude probarlo—que aquellas medidas fueran las apropiadas y que podrían dar los resultados que todos los ciudadanos desearan. Bien que de esto hice culpables á los directores de la Hacienda Pública, que son los verdaderos consejeros del gobierno en asuntos de economía.

Mis consideraciones, si bien duras, no abrigaban la menor intención de zaherir á determinado personaje; para hacerlas, sólo tuve presente el interés nacional. Ellas fueron sensacionales, por lo mismo de la independencia de su autor. Entonces se hacían mil conjeturas también sobre los móviles que me im-

pulsaron á tratar la cuestión monetaria de aquel modo, no faltando quien asegurara que yo tenía pactos políticos establecidos de antemano con personajes ocultos. Pero todas estas cavilaciones eran injustas, porque á mí nadie es capaz de impulsarme á escribir lo que no siento; afortunadamente, tengo el valor civil suficiente para afrontar las consecuencias de mis afirmaciones.

Dedúcese de lo expuesto, que tampoco ahora me mueve la adulación para estudiar la espléndida obra del señor Presidente actual, á quien ni conozco personalmente. Extrañarán mis aserciones á aquellos que gustan ver siempre mal parados á los gobernantes, y para los cuales no hay gobierno que sirva. Desde luego que yo no seré instrumento de viles pasiones, ni podré sacrificar los intereses de la conciencia á los que producen lisonjero porvenir á costa de los deberes más sagrados de un ciudadano.

Pensar para conseguir el pan, es propio de los hombres que tienen decoro; comer para pensar, es patrimonio exclusivo de los que no conocen la noble misión del ente pensante.

II

Sentado lo anterior, podré proseguir.

Durante el tiempo de la dominación española, el país se encontraba mal, porque llevaba en su misma organización, que era bastante defectuosa, el retroceso; pero, un poco sujetas las voluntades, se disfrutaba de cierta calma, y el trabajador podía dedicarse

á las habituales faenas del campo. Proclamada la definitiva separación de la metrópoli, la cosa cambió. (Las causas quedan expuestas atrás). Los agricultores fueron perdiendo la confianza en los gobiernos, porque éstos eran inestables y no podían sostenerse en el poder, resultando de aquí que la completa y definitiva organización se iba retardando en la reciente república.

Como caía un gobierno y le sucedía otro, era imposible que ninguno pudiese proceder á garantizar las labores de los ciudadanos pacíficos, cuyos intereses estaban á merced de los agitadores y revolucionarios. Y esta inseguridad fué siendo más marcada con el tiempo, al grado de que, cuando el general Díaz ascendió, la república presentara un cuadro desolador y triste. Sangrada por la revolución del Segundo Imperio, se convirtió en un cadáver. Esto estaba á la vista de todo el país.

Además de esta circunstancia, hija de la época y producto de toda revolución, había otros graves trastornos, la inseguridad que reinaba en todo el territorio. Aprovechándose muchos malvados de la debilidad del gobierno y de las revueltas, se declaraban pronunciados y asaltaban en los caminos reales á todos los pacíficos transeuntes, despojándolos de sus haberes. Los tales asaltos y encrucijadas estaban, por aquel entonces, á la orden del día; no había día en que no se registraran asaltos. El pasajero, muchas veces ya salía de su casa con la seguridad de ser robado en el camino.

Durante el período de 1862 á 1883, los escritores tuvieron material bastante para escribir novelas ro-

mánticas é históricas. Los periódicos siempre anunciaban en sus columnas algún asalto á la diligencia, en el que los pasajeros quedaban completamente desnudos y sin un pedazo de pan para alimentarse. Por algo los españoles son Quijotes, que también en la Península siempre hubo foragidos temibles, y los que aparecieron en México seguían el ejemplo de aquéllos.

Ya no eran casos aislados los robos en caminos reales, sino que lo raro era que no hubiese alguno; ni uno ó dos individuos los que ejercían la profesión de los asaltos y robos, sino que había patrullas bien armadas y disciplinadas, que se dedicaban á despojar al prójimo. Cuentan los cronistas de la época, que los ladrones formaban verdaderos escuadrones y tenían un centro bien organizado, obedeciendo á un solo jefe. Este distribuía órdenes, mandando á su gente á todas partes; por consiguiente, no había vereda ni camino real que no tuviese una gavilla que lo custodiase. A tal grado llegó el descaro de tanto bandido, que llegaron á formar su jurisprudencia especial, llevándose en rehenes á muchas personas, y los dedicaban también á asaltar y robar. Dentro de una república de gente honrada y moral, se había establecido otra de bandidos.

Los habitantes, en vano protestaban, porque el gobierno no estaba en aptitud de impartirles garantías en momentos en que su tropa luchaba por otros fines: el sostenimiento del poder constituido. Esta circunstancia, propicia para los foragidos, hacía que éstos osaran llegarse hasta los pueblos y villas, para robar lo que necesitaban y sostener las tropas de

su mando. En las meras calles de la ciudad de México hubo bandidos de esta clase que se llegaron á pedir dineros á los comerciantes, quienes por el temor de las amenazas se dejaban plagiar.

Aquel período histórico fué fatal. Ni el comerciante ni el hacendado podían moverse de sus sitios, por temor del asalto. Muchos hacendados, cuando tenían que abandonar sus casas, iban seguidos de un verdadero regimiento de rancheros bien armados y mejor montados. Sólo de esta manera estaban seguros de volver sanos y salvos. Sin embargo, muchas veces sostenían verdaderos combates con los foragidos, pues los ladrones no se detenían por falta de elementos, porque también llevaban armamento y equipo de guerra.

Esto, en tratándose de los propietarios poderosos; pero el pequeño poseedor de bienes no estaba en aptitud de llevar tantos elementos de defensa, y cuando salía, no llevaba la seguridad de volver; para emprender una jornada de esas, iba con toda la preparación canónica, dispuesto á morir en manos de los muchos ladrones que poblaban en todas direcciones la república.

III

Evidentemente, que aquella situación tan anómala ponía al país en un estado deplorable. Falto de seguridad, tenía forzosamente que carecer de los elementos de desarrollo. En una condición tal, no era posible ninguna empresa de progreso. ¿Quién había de arresgar la inversión de capitales en un país

peor que salvaje? En todas las naciones grandes, el capital extranjero y la inmigración de personas inteligentes son los que hacen poderosos á los países. Ambos elementos no eran llevaderos en México, porque los países en donde instalan sus tiendas el robo y el asalto, son indignos del desarrollo é incapaces de civilización. El extranjero emigra á donde puedan darle garantías y sepan apreciar su obra, y huye de los lugares en donde no se respeta la propiedad.

Hasta ahora, que yo sepa, ningún país ha podido cimentar su progreso sin el elemento extranjero, porque sólo él puede llevar el contingente del adelanto á los pueblos que lo necesitan, máxime si éstos son nuevos. Si los Estados Unidos no hubieran dado toda clase de garantías á los inmigrantes europeos, esa poderosa república, temida ahora por todos, no hubiese llegado á la altura en que se encuentra.

El elemento extranjero, en todas las naciones civilizadas del mundo, ha puesto el primer escalón para el engrandecimiento de los pueblos cultos que hoy se ufanan de su creciente desarrollo. Pero los beneficios que él reporta, en la época á que vengo refiriendo, no eran posibles, porque no había garantías, y por falta de ellas, ningún extranjero se atrevía á desembarcar en nuestras playas; preferían ir á poblar el Africa, que venir á México, los capitalistas europeos.

Sin este contingente poderoso, el país guardaba una situación lamentable: no había industrias, no había comercio en grande; y de comunicaciones, estábamos como en los tiempos coloniales, en que se usaba el tardo paso de la bestia de carga, ó las es-

trechas cavidades de un carro tirado por mulas, en caminos completamente inseguros.

En los pueblos y aldeas reinaba el miedo y el alboroto, al grado que nadie podía salir de sus casas para regresar con vida.

Por esa época, también hacían de las suyas algunos militares descontentos, quienes, en vez de vigilar el orden, lo alteraban, armando pronunciamientos é imponiendo gavelas á los comerciantes, para sostener sus pretensiones al poder.

De manera que, visto así el cuadro, se podrá considerar la verdadera situación del país. ¿Era imposible el remedio? No sería tanto, pero ninguno se atrevía á asegurar que hubiese persona capaz de purgar el territorio de tanto malhechor y restablecer el orden perdido.

¡Feliz es la hora en que triunfó el Plan de Tuxtepec! Ascendido el señor Díaz al poder, empezó su obra de reconstrucción. Ya dije, que muchos dudaron del éxito, pero otros juzgaron un hecho la regeneración política del país y el restablecimiento del orden y de la seguridad. Faltaban garantías, él, con su programa «de poca política y mucha administración» fué lo primero que hizo. Formado su gabinete de personas de su entera confianza, puso en los Estados á gobernadores militares que habían servido á la causa nacional, y les dió órdenes terminantes contra los bandidos. Estas órdenes fueron terribles: pasar por las armas á todo ladrón de camino y á todo aquel que, so pretexto de inconformidad con las autoridades constituidas, cometiese tropelías y sublevase á los ciudadanos.

Las disposiciones del señor Presidente fueron cumpliéndose al pie de la letra y, en menos de cuatro años, los caminos fueron despejándose de esos miembros podridos de la sociedad, que vivían del sudor ajeno. Los periódicos y personajes de la oposición tildaban la conducta del gobierno, porque calificaban de asesinatos los muchos fusilamientos. No podían aquellas *almas compasivas* conformarse con que á un ladrón-asesino se le pasara por las armas sin previa formación de juicio, á pesar de estar convencidos de que aquel bandido tampoco obraba conforme á ley, cuando asaltaba y asesinaba.

Por todas partes se oían exclamaciones subversivas para el gobierno, ¿y por qué? Tan sólo porque estaba purgando la nación, amputándole los miembros podridos y dando, con esta medida, garantías á los ciudadanos pacíficos y laboriosos.

¿Por qué no distinguían aquellos furiosos opositores? Quien no tiene compasión de nadie y mata á mansalva, tampoco merece compasión; merece la muerte sin ningún juicio, porque las autoridades pueden, para salvar intereses más grandes, pasar por las armas á los foragidos que son una amenaza para el pueblo. Y esto es lo que hacían los gobernadores: fusilar para hacer limpia y dar garantías á los hombres buenos. ¿Era preferible dejar á los ladrones y tener desprestigiada la república ante el mundo entero? Por todos los países se extendió la inmerecida fama de que es imposible la vida en México, porque nadie gozaba de garantías. Estas versiones, en su mayor parte ciertas, perjudicaban el crédito y el desarrollo nacional.

Un gobernante, pues, debía empezar por restablecer las garantías; para lograr esto, sólo era posible una ley inexorable. La muerte de algunos bandidos escarmentaría á los demás. De manera que la medida del general Díaz fué emanación de una inteligencia hecha para gobernar. Efectivamente, las órdenes dadas produjeron resultados satisfactorios, y en cortísimo tiempo la república tiene completa seguridad en los caminos, al grado de poder una señora salir sola á los caminos, y ni quien la moleste.

Si los ataques de los opositores hubieran amedrentado al general Díaz, no habría la seguridad de hoy en el país. Pero don Porfirio tiene una voluntad de hierro y una firmeza de Napoleón I; siguió, no obstante la alharaca levantada por algunos, sosteniendo sus primeras disposiciones; y, una vez pacificada la nación, pudo decir con orgullo: he ahí mi obra! Recibí un territorio plagado de bandidos, después de unos ocho años, miradlo ahora.

IV

Puesto el pedestal para la regeneración, el caudillo tendió la vista á otros rumbos. Establecidas la paz y las garantías, surgieron elementos de trabajo, y comenzaron entonces las concesiones ferrocarrileras, que debían acortar las distancias. Un país sin comunicaciones rápidas, no puede prosperar, porque sus productos se encontrarían fuera de la competencia, debido al mucho costo que sacaran por la conducción de un lugar á otro. Es claro, mientras

más barato sea el artículo, más accesible será su consecución, y podrá ir á buscar mercado á lejanas distancias. Pero, faltando los medios fáciles de transporte, no podrá ir en pos de consumo, por el mucho recargo que sufriría entonces la mercancía, poniéndose fuera de competencia.

Por más rico y productor un país, si no tiene vías de comunicación, siempre será más pobre que ningún otro. Nuestro suelo es privilegiado y produce toda clase de frutos, pero de nada servirán, si no se ponen al alcance del consumidor.

Presentes estas razones, el general Presidente comenzó á trabajar empeñosamente en que se construyeran vías férreas. Con este paso, logró dos cosas: ponernos á cortas distancias de las naciones amigas y comunicar entre sí y con la capital á todas las principales poblaciones de los Estados; medida que también sirvió como estrategia militar, para sofocar pasiones en los pueblos díscolos.

La obra ferrocarrilera, á través de veinte años de paz, da una cifra de vías herradas que se aproxima á los 19,000 kilómetros. ¿Qué país ha hecho tanto progreso en un período relativamente corto y con un número de habitantes de 12.000.000 ó 14.000,000? Lo que más admira es que, no obstante lo desprestigiado que estábamos en el extranjero, los capitales ferrocarrileros hayan venido á invertirse aquí en una cifra casi inconcebible, pues pasa de los \$400.000,000.

Satisfecho el gobierno de su obra de comunicación terrestre y marítima, á imitación de los ferrocarrileros, los capitalistas industriales y mineros comenza-

ron á establecerse en grande escala. En fábricas y minas están invertidos algunos centenares de millones de pesos. En este sentido, han admirado la prosperidad de la república todos los que la visitan, y los soberanos europeos se maravillan del talento de quien, en veinte años, ha podido lograr lo que país alguno ha alcanzado, ni de los más viejos en el concierto universal.

Nuestros productos industriales y mineros han ido á varias exposiciones internacionales, sacando magníficos premios, y han sido apreciados en primera línea.

En vez del grito de los foragidos en los caminos reales, se oyen los silbatos de locomotoras y fábricas; en vez de poblaciones iluminadas por antiguos farolillos de petróleo, se ven ciudades populosas, profusamente alumbradas por la mejor luz eléctrica del mundo; en vez de calles torcidas y angostas, el viajero admira grandes avenidas, suntuosos jardines, espléndidas calzadas y hermosos parques; en lugar de un empedrado tosco y capaz de desgranar las ruedas de una carreta, los pies se deslizan suavemente sobre un pavimento de asfalto, como lo puede haber en las más grandiosas ciudades del viejo mundo.

Todas estas grandezas son hijas de un gobernante talentoso; la paz es hija de un héroe que ha puesto más alto su nombre como estadista que como militar, á cuya espada nadie pudo resistir. ¿Todavía los de la oposición dudarán del éxito? ¿Pondrán en tela de juicio que ha habido un gobernante en la república más grande que el señor general Díaz?

Para poder construir, á veces hay que destruir. Conforme á este principio irrefutable, hubo necesidad de acabar con los bandidos, para inspirar confianza al elemento útil de la república. En medio de aquel salvajismo, como el que había, ¿sería posible cimentar el progreso? Es imposible todo adelanto sin la paz. ¿Podría haber paz, sin quitarles la cabeza á los perturbadores? La paz es enemiga de los salteadores y ladrones. Fué preciso, pues, en aras del bien general, sacrificar á los criminales; y para conseguir todo esto, fueron encaminadas las órdenes del señor Díaz, el glorioso HÉROE DE LA PAZ.

Sin embargo, al señor Presidente no le pareció aún completa la obra. Bien fortificado en el poder, rodeado por el prestigio que dan el acierto, el tino, la probidad y la honradez en el manejo, dió uno de los pasos que hubiera sido imposible en otras circunstancias: eliminar del poder á muchos personajes cuya moralidad era sospechosa, y de ahí surgió la caída de muchos gobernadores, colocados en fuerza de las circunstancias, para contentarlos con la donación de un pan seguro. Si este paso lo da el general Díaz á raíz de ascendido al poder, la caída hubiera sido segura. Pero no había que precipitar hechos; el progreso y las reformas entran muy lentamente, porque toda transición rápida es peligrosa. El militar valiente, de ojo perspicaz y talento claro, así lo comprendió. Dejó que el tiempo corriera, y, cuando el pueblo mexicano lo colmó de gloria y de prestigio, entonces dió el golpe, y cayeron muchos personajes que eran ya nocivos en la administración.

A los caídos no les quedó ni el derecho de que-

jarse, porque su caída fué gradual é insensible. ¿Qué habían de hacer? Su voz sería ahogada en la garganta, porque el general Díaz está en el colmo del apogeo, es la figura más simpática al pueblo, como debe serlo todo salvador. El le dió garantías, le dió paz y le dió progreso. ¿Olvidará el pueblo, altivo, noble y agradecido, una labor tan llena de gloria y beneficios?

Trabajando así, ha podido llegar á las alturas en que se encuentra; recibe culto de los mexicanos y admiración de los extranjeros. ¿Habrà quien no lo estima y quiera?

Si las naciones aun saben levantar estatuas á los ciudadanos que las han hecho felices, la del general Díaz tiene que tocar en el cielo; si los pueblos aun aprecian las virtudes de los grandes hombres, el pueblo mexicano debe levantar un altar en el pecho de cada ciudadano, á quien ha gastado toda su vida, para hacerlo feliz y próspero; porque él hizo de una república pobre y desprestigiada, un país grande y rico, que entra en el concierto de las potencias más acreditadas del mundo, señalándose como honrado y heroico.

Sólo el nombre del general Díaz es la más poderosa garantía para la estabilidad de la paz.

CAPITULO XIII

¿CÓMO SURGIERON LOS CIENTÍFICOS?—EL PARTIDO CIENTÍFICO NO PUEDE GOBERNAR EL PAÍS.

I

PARA los verdaderos mexicanos, la obra del general Díaz es—sobre toda ponderación—sublime, porque ella resulta de un sacrificio grande é inaudito, y ha ido desarrollándose, gracias á un plan profundamente meditado. Reina, merced á ella, una calma octaviana. En medio de tantos bienes, sólo se oye la voz de la gratitud, proclamando como benemérito al que ha sabido, con mano firme, lograr tantos prodigios. Debido á esto, á nadie extraña el general entusiasmo del pueblo y las simpatías que profesa á su héroe pacificador.

Los grandes generales son vitoreados después de los resultados favorables de una guerra; pero las guerras hacen correr á raudales la sangre, y mientras unos se regocijan en medio del triunfo, otros gimen por la pérdida de algún ser querido, que era—tal vez—el único sostén de alguna viuda desamparada ó